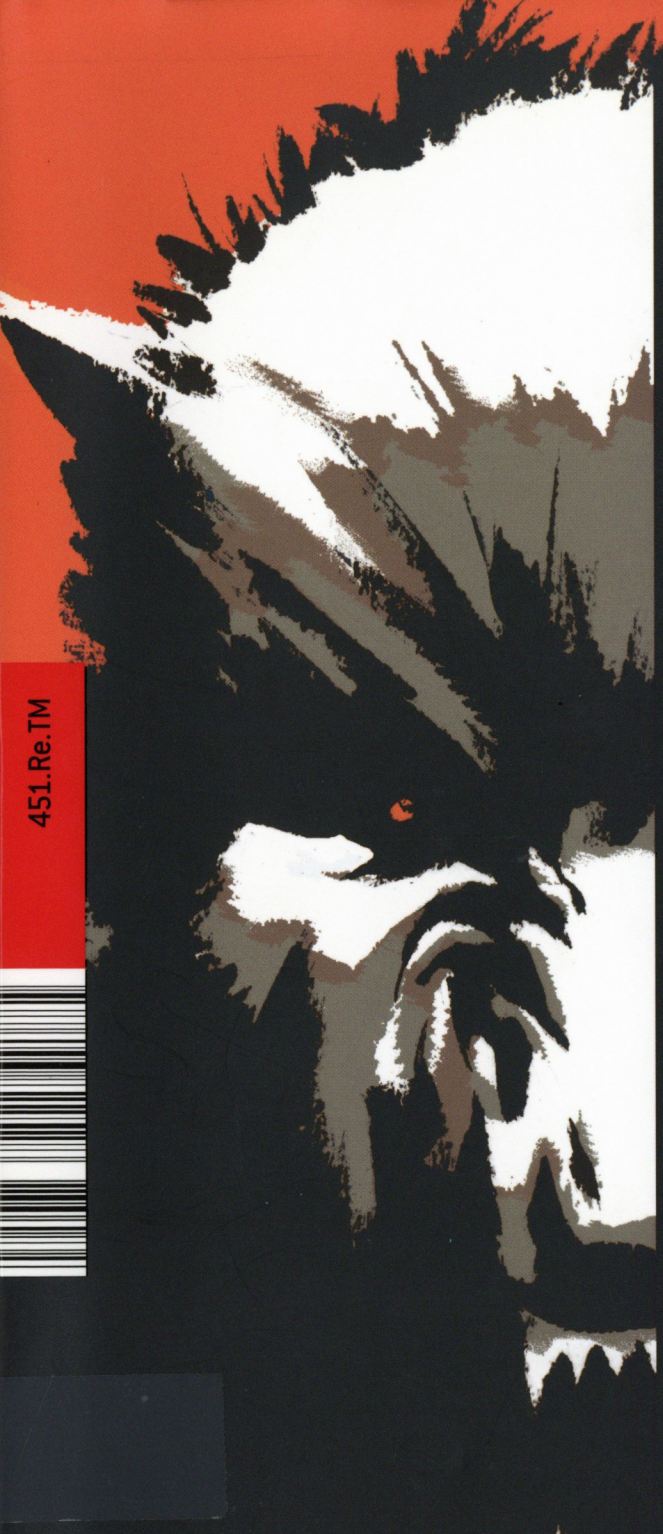

451.Re.TM

RAÚL ARGEMÍ
ALONSO CUETO
BERNARDO FERNÁNDEZ *BEF*
JOSÉ ÁNGEL MAÑAS
ISMAEL MARTÍNEZ BIURRUN
PILAR PEDRAZA
SANTIAGO RONCAGLIOLO
SANTIAGO SEQUEIROS

HOM BRE LOBO

FERNANDO MARÍAS
EDITOR

451 Re:make

LA CÁLIDA PIEL

Alonso Cueto

ALONSO CUETO

(Lima, 1954)

Es profesor de universidad, periodista y uno de los escritores peruanos más prolíficos. Discípulo de Henry James y Raymond Carver, en su obra destaca la exploración profunda de la clase media limeña. Sus últimas obras publicadas son *Grandes miradas* (Anagrama, 2005), *Amores de invierno* (Planeta, 2006), *El susurro de la mujer ballena* (Planeta, 2007) y *El tigre blanco* (Planeta, 2007).

LA VOZ DE CLAUDIA APENAS SE OÍA SOBRE EL RUIDO. LE ESTABA contando que esa mañana había encontrado la nota de su esposo.

—Pero ¿qué decía?

—Te tengo que dejar. Lo siento. Estoy confundido. Quiero encontrarme a mí mismo. Adiós.

—¿Eso nada más?

—Eso fue lo que encontré en la mesa. El muy asqueroso.

—No es un asqueroso. Es tonto —le había contestado Julia—. Mira que dejar a una mujer como tú.

Mientras la consolaba, estaba mirando la puerta.

Claudia le insistía. No me importa. La verdad es que ya no lo quería. Felizmente no tenemos hijos. Además, te contaré algo.

—¿Qué?

—Era un amante totalmente insulso. No hacía más que cumplir con lo mínimo. Una basura en la cama, eso es lo

que era. Seguramente se dedicará ahora a la meditación espiritual, o algo así.

—Bueno, ya no tienes que preocuparte.

—Me gustaría verte, Julia.

—Claro, cuando quieras. Llámame y nos encontramos.

—No sé. A veces te veo tan distante.

—No. No digas tonterías. Somos amigas desde hace tantos años, Claudia.

Mientras la escuchaba, Julia miró al camarero que volvía a acercarse con una bandeja llena de copas de pisco sour. Tomó una y la terminó de un sorbo.

—Lo he buscado por todas partes. Mi marido se ha esfumado —le insistió.

Sabía que su deber era escuchar a Claudia mientras le hablaba, preguntarle por algún detalle, intuir el instante en el que podría dejarla sola. Por fin, dijo una frase esperanzadora.

—Eres tan linda y tienes tantas cualidades y vas a tener a cientos de hombres a tus pies.

—Que se jodan los hombres —contestó ella.

Sonrió. El momento había llegado.

Julia le dio un abrazo.

—Todo va a estar mejor cuando pase un tiempo, lo que sí te digo es que no vuelvas a estar con ese tipo. No se puede confiar en él. La gente más inútil es la que dice querer encontrarse.

Claudia movía la cabeza con una sonrisa. Cuando se abrazaron, Julia se sintió aliviada. Fue a buscar a la dueña de la casa, su amiga Diana Risso, para despedirse.

—Todo ha estado tan bien, te felicito, chica— le dijo.

La confesión de Claudia había tardado más de lo necesario, igual que la fiesta, igual que la despedida, igual que todas esas reuniones de mujeres. Julia iba por inercia. Una reunión como esa era una droga en la que se sumergía de vez en cuando para perderse en las copas de pisco sour y en conversaciones predecibles y animadas. Eran también un modo de olvidar su relación con César.

Su esposo, César Augusto Estremadoyro Pérez, vaya nombre. Casi podía cantarse un himno con ese nombre, una podía marchar por la casa tocando el tambor mientras lo tarareaba. Llevaban veinte años de matrimonio. Se había casado a los veintidós, ilusionada por la fortaleza, la decencia y las buenas maneras de ese muchacho que le llevaba flores por las noches, claro que sí. Habían tenido dos hijos que ya se habían apartado de ellos y que estudiaban en la universidad. Gracias al éxito de su empresa de textiles, él había comprado una casa de dos mil metros en La Molina. Un par de dóbermans merodeaban por su jardín de robles.

La rutina de la casa no había cambiado. César se levantaba temprano, corría sobre la cinta, se duchaba y estaba sentado en su oficina antes de las ocho y media. Era un hombre admirable. Había trabajado en otras empresas, pero a los treinta y dos años ya había fundado Textiles Estremadoyro. La llamaba desde la fábrica dos veces al día, a las once y a las tres. Llegaba a la puerta de casa por lo general a las siete, con la promesa de mirarla mientras ella le servía la cena, siempre con un café negro que lo ayudaría a dormir mejor. Jamás habría hecho lo que el marido de Claudia. Nunca iba a dejarla.

Durante ese tiempo, ella, en cambio, había fantaseado con dejarlo a él. Se había imaginado secuestrada por un grupo de hombres que la llevaba a una covacha en un cerro de piedras. En su sueño repetido, ella estaba allí encadenada a un poste, frente a los hombres que se desvestían lentamente delante de ella: hombres monstruosos, de pelo largo, que le pedían que los besara y los lamiera y que se dejara penetrar por ellos. No veía el rostro de esos hombres. Solo sentía su olor y la calidez de su piel.

Una larga fila de autos hervía en el parabrisas. Las luces rojas se alineaban bajo nubes de humo blanco.

La situación iba a mejorar si lograba pasar el Puente de la Vía Expresa.

Julia puso un bolero. Benny Moré. Tenía el móvil al lado. Su esposo César iba a llamar en cualquier momen-

to preguntándole dónde estaba. Mientras tanto, era mejor disfrutar de la música.

Avanzó a trancos lentos y de pronto algo se desniveló en el mundo y comprendió que estaba inclinada a la derecha. La llanta se le acababa de pinchar y el auto seguía arrastrándose en una lentitud ruidosa. El volante estaba casi paralizado. Logró llegar a un pequeño jardín, cerca de Paseo Parodi. Al bajarse, vio la llanta aplastada sin misericordia.

—Mierda —dijo.

Estaba junto a la pista, en una soledad llena de ruido, con la masa del tráfico rugiendo cerca. Todo era tan lento y sucio y parecía tan distante. No había nada cerca. Solo una franja de pasto con algunos arbolitos que vibraban. De pronto oyó una voz.

—¿Puedo ayudarla?

Era un tipo alto, de pelo ensortijado, tez oscura y una camisa blanca de pocos botones. Usaba pantalones vaqueros. No parecía un asaltante. Si hubiera querido robarle, ya lo habría hecho.

—Gracias —le contestó.

De inmediato, lo vio abrir el maletero, sacar la gata y alzar el auto con golpes rápidos. La maravillaba la rapidez y elasticidad de su cuerpo mientras trabajaba. Tenía brazos largos y manos duras que movían las herramientas como si fueran parte de él.

De pronto, la llanta de repuesto estaba colocada y el hombre la miraba sonriendo.

—Mil gracias, señor. Ni siquiera sé cómo se llama.

—Soy Benedicto. —El hombre se rió—. Parece el nombre de un monje, ¿no?

—Es un bonito nombre.

—Es que mis padres se cansaron de poner nombres a mis hermanos. Soy el séptimo hijo, ¿lo puede creer?

—No sé cómo agradecerte, Benedicto. ¿Estás en auto?

—¿Va usted para La Molina?

—Sí.

—Déjeme en el camino, por favor. Voy por allí.

Julia vio las piernas largas y flexibles en el asiento de al lado. Pudo atisbar el pecho. Hacía un día especialmente frío, pero eso no parecía importarle a este tipo con nombre de fraile y cuerpo de atleta que se ponía el cinturón de seguridad a su lado. Aun en medio de su amabilidad, había algo de inocente y de salvaje en él. Tenía una cruz de pelo amplia y densa entre las cejas.

—¿Eres de Lima? —le dijo.

—Siempre. Nunca me he movido de aquí. En realidad —dudó el hombre— creo que te he visto por algún lado.

—A lo mejor.

—No sé en dónde, pero te he visto. Estoy seguro. ¿No eres Julia?

El tráfico delante de ellos avanzaba a trancos cortos.

—¿Cómo sabes mi nombre? —sonrió.

—No sé.

—Ni que fueras adivino.

—Soy contador y trabajo para empresas pequeñas —le dijo—. Tengo que ir como ahora tomando taxis, de un lado a otro, visitando clientes.

—¿Cómo sabías mi nombre?

—No sé. Tienes razón. Creo que lo he adivinado.

Avanzaron en silencio.

El tráfico se iba aclarando.

—Pues al menos en tu trabajo no estás atado a un escritorio.

—No podría. No podría estar en un solo sitio. Tengo un amigo que vivía todo el día en la oficina. Llegaba a su casa y lo primero que hacía era meterse un trago. Vivía borracho los fines de semana.

—No soporto a los borrachos —le dijo Julia—. Si los tragos son tan ricos... los borrachos jamás saborean un buen martini.

—¿Te gusta el martini?

—Mi trago preferido.

La voz cortaba el aire como inaugurando un universo propio. Había algo de hechizante en sus sílabas que se

insertaban en un sereno, claro y bondadoso murmullo. Era un sonido precioso. Le habría gustado aislar las palabras y escuchar solo ese sonido.

—Por las noches —le confesó—, me siento bastante solo. Me separé. A veces, pienso que fue un error separarme, pero ya ocurrió, y no hay que pensar más en eso, qué voy a hacer. Tenía que hacerlo.

Julia sintió que quería contarle a ese hombre acerca de los problemas con César, de los hijos que la habían abandonado, de la necesidad de hablar con alguien. Recordó que era un extraño. Habían llegado al puente de la Panamericana y desde allí el tráfico se iba a aligerar.

—No me has dicho dónde quieres que te deje.

—Un poco más allá.

Al lado derecho, Julia vio un letrero. Era un local de madera llamado el Ferrocarril. Lo veía cada vez que pasaba.

—¿Conoces este lugar? —le dijo él.

—No.

—Sirven un buen martini. ¿No quieres que vayamos?

Julia no contestó. Pero se vio poniendo el intermitente de la derecha. El Ferrocarril. Podría tomar un trago rápido, por qué no. Aún era temprano.

El bar era grande y de techo alto. Tenía varias mesas de madera, una barra y un enorme ferrocarril de aspec-

to macizo y venerable. Julia se admiró de ver al hombre delante de ella, en toda su extensión. Tenía un pecho ancho y duro. Sus brazos se doblaban con gracia sobre la mesa.

El mozo les trajo los martinis y ambos siguieron conversando. Fue entonces cuando ocurrió. Julia acababa de contarle algo sobre un viaje que había hecho a Punta Sal.

—Sabes que te he estado siguiendo —le dijo él.

—¿Qué?

—Sí. Hace tiempo.

La miraba con una amabilidad temerosa, la boca doblada y la mirada gacha.

—Hay algo que quiero pedirte.

Julia lo miró.

—¿Sí?

—El problema —dijo el hombre— es que no sé si me atrevo.

De pronto, Julia sintió que la mano del hombre sostenía su brazo y que sus labios tocaban los suyos. La besaba con un beso largo y duro, la piel abriéndose a la sensación de una ternura furiosa, con la ansiedad y la desesperación del sabor de su piel. Era un sabor violento, inesperado. Cedió al instinto terror de protegerse, y se puso de pie. Corrió hasta la puerta y se subió al coche. Estaba llorando. Vio la puerta del local. Él estaba allí, inmóvil, con una mano arriba y los ojos atravesados por la lástima.

Llegó a su casa, entró al dormitorio y se encerró con llave.

—¿Qué tal te fue?

La voz de César, su marido, la sorprendió. Era curioso. En ese momento le parecía un rostro sin facciones, como una superficie plana.

De pie, junto a la cama, con el maletín en la mano, mirándola con un aire de curiosidad rutinaria, parecía un soldado que acababa de cumplir con su deber.

—Bien. Todo bien. Mucho tráfico nomás. Se me bajó la llanta en la Avenida Javier Prado.

—¡Ah!, ¿sí?

—Alguien me ayudó, felizmente. Siempre hay un alma caritativa por allí.

—O alguien esperando ganarse algún dinero —dijo—. ¿Cuánto le diste?

—Poco.

—Muy bien. Voy a acostarme.

Julia abrió los ojos.

Un ruido había llegado seco y corto desde la ventana. Se levantó. Afuera todo parecía normal. Era el mismo paisaje desértico de todas las noches. El árbol de hojas gran-

des, la calle vacía iluminada, un trozo del jardín. Vio a los dos perros merodeando.

César estaba sentado en la cama.

—¿Qué pasa?

—Me pareció que había alguien.

—No es nada. Duérmete —le dijo.

Al día siguiente, cuando Julia se despertó, César ya se había ido a trabajar.

Se levantó, se puso la malla y llegó al gimnasio. Había menos personas ese día. Los espejos la rodeaban.

De pronto, le pareció verlo. Estaba allí, reflejado, la mirada triste, solitaria durante una fracción de segundo. Cuando volvió a mirar, había desaparecido.

Empezó a correr sobre la cinta. A toda velocidad.

Esa noche se acostó temprano, con una pastilla.

Su esposo no volvería hasta tarde.

Había una oportunidad de negocios de importaciones. Unos empresarios coreanos hacían una gira y habían pedido cenar con él para explicarle su oferta. Era un rubro nuevo. Juguetes, crayolas, lápices de colores, cuadernos y otros productos para niños. César se lo había explicado todo por teléfono.

Cuando se despertó, a las doce, le pareció que alguien había entrado al cuarto. Vio el bulto de su marido al lado. Una luz helada cubría el piso.

Se levantó. Sintió que estaba pisando agua. En el camino al baño, miró por la ventana. Lo vio. Sentado en el árbol, observándola, con ojos plateados de tristeza.

Dio un grito. Retrocedió y cayó al piso.

—¿Qué? —dijo él.

Ella señaló la ventana.

—Había alguien —dijo ella—. Alguien en el árbol.

Su marido sacó la Beretta del cajón y salió. Ella lo vio caminar por el jardín.

Al poco rato regresó.

—No hay nadie —le dijo—. Y no hay huellas de que nadie haya subido tampoco. Los perros ni siquiera han ladrado.

Julia fue al baño y tomó otra pastilla.

Cuando se despertó, era de día. Sintió el ruido de la ducha.

De pronto el teléfono sonó. Era un pequeño animal furioso. Julia se demoró en contestar.

—Lamento haberte asustado —dijo una voz.

Cuando colgó, la voz seguía como un susurro, acariciando la alfombra, hilvanada a las plantas en el patio.

—¿Quién era?

Vio a su esposo, envuelto en la toalla, goteando.

Esa noche César llamó para decirle que iba a poner a un guardia de seguridad en la casa.

—No lo veo necesario— dijo ella.

—Pero me dijiste que viste a un tipo mirándote, sentado en el árbol.

—Habrán sido alucinaciones. Voy a consultar con un médico.

—Bueno, como quieras. No voy a venir a comer, por si acaso. Tengo que sacar a unos invitados a la calle. Unos empresarios croatas.

—Estás saliendo mucho ahora.

—Las cosas están mejorando, ¿no lo ves?

Julia se sentó en la cama con un libro. Sintió un ruido.

Se levantó, y fue al garaje. Encendió el coche. Eran las once.

Iba sin rumbo fijo. Decidió que podía ir hasta Miraflores. Por allí siempre había gente. Era muy tarde para llamar a la casa de nadie. Podía ir al café Haití para ver si encontraba a alguna amiga.

Cuando entró, el local estaba aún a medio llenar.

Se sentó sola, pidió una cerveza. Le pareció que todos la miraban. Cuando le trajeron la cerveza, sacó la cartera, pagó y dio dos sorbos. Volvió al auto.

En el camino de regreso, se demoró. La pista hacia La Molina estaba casi vacía.

De pronto, le pareció que había dos luces detrás de ella. Miró por el espejo retrovisor. Alguien la estaba siguiendo.

Se detuvo.

Una sombra se bajaba del auto, se acercaba y alguien abría la puerta.

—Por favor —le dijo—. Por favor. Por favor.

Benedicto lucía más delgado. Estaba vestido de negro.

Su cuerpo se replegaba, se hundía en el asiento. Puso las manos contra el asiento. Lo único que quería era sentir la piel de ese hombre.

—¿Quién eres?

El hombre le tocó la cara. Una calidez temblorosa y áspera, mientras la observaba con los ojos incendiados. Le pareció que reflejaban la luna.

—¿No me reconoces? —le dijo—. Solo te busco a ti, siempre. Solo a ti, para desgarrarme y sentir mi sangre sobre tu cuerpo.

Julia sintió los labios duros, el estallido de la piel, el pelo de ambos creciendo, al mismo tiempo. Vio su pelambre negra.

La abrazó. Era ella, Claudia.